

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON VIRGILIO CARA VALERO

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA
COMO ACADÉMICO NUMERARIO

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON JOSÉ LUIS MARTÍNEZ-DUEÑAS ESPEJO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL DÍA 4 DE ABRIL DE 2016

GRANADA
MMXVI

Esta publicación ha contado con una subvención de la
Consejería de Economía y Conocimiento
de la Junta de Andalucía.



Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
Apartado de Correos 1013
18080 GRANADA
<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org>
Imprime: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L., Granada
Depósito Legal: Gr-380-2016

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON VIRGILIO CARA VALERO

Miscelánea y palimpsesto
en el epistolario de Ángel Ganivet

En España siempre hubo libertad de ingenio, o por gravedad, o por nativa cólera de la nación, que no por falta de inventiva. Sus dos primeros ingenios, Séneca en lo juicioso y Marcial en lo agudo, fundaron esta opinión, acreditaron este gusto. Prudente aquel, nunca pudo sujetarse a los rigores de un discurso, a la afectación de una traza (...) Escribió epístolas, que es el más libre modo y el más licencioso para decir cuanto hay, sin atarse, ni obligarse; entra y sale, cómo y cuándo quiere, que aunque no es de tanto artificio, es de más gusto.

Baltasar Gracián

He leído y leído cuidadosamente tus cartas durante tanto tiempo y con tanto empeño buscadas y halladas cuando menos lo esperaba. He escuchado cómo dices en ellas tantas cosas, Marco Tulio, cómo te lamentas de muchas cosas, cómo opinas sobre muchas cosas. Y ahora yo, que ya sabía qué clase de maestro fuiste para los demás, conozco por fin quién eres ante ti mismo.

Francesco Petrarca.

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sras. y Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

Amistad y ausencia han sido conceptos tradicionalmente asociados a la comunicación epistolar y condiciones que hoy, además de definir la naturaleza de la correspondencia escrita, pueden aplicarse al momento de la lectura de este discurso de mi ingreso en la Academia de Buenas Letras de Granada: ausencia inevitable de quienes hubiéramos querido que estuvieran aquí y amistad de quienes me reciben y me acompañan y a los que procuraré devolver algo de su afecto con unas reflexiones sobre las cartas que Ángel Ganivet escribiera en un periodo concreto de su vida, y que pueden ser consideradas como pruebas de escritura o prácticas de estilo ya que, por su heterogeneidad en el tratamiento de los asuntos y por su tono, resultan los precedentes directos e inmediatos del resto de su obra literaria.

En las notas preliminares al *Epistolario* de Ángel Ganivet que la Diputación de Granada publicó en el año 2008, Fernando García Lara considera la colección ganivetiana como “autobiografía sin pacto, convertida en escritura”, poniendo de manifiesto la importancia informativa que posee el epistolario para un correcto acercamiento biográfico a la figura del autor, si bien en las páginas que siguen no solo se valora el conjunto de cartas como documento imprescindible para interpretar las circunstancias singulares de la vida de quien Justo Navarro llamara “cónsul imposible”, sino también para definir una obra tan difícil de clasificar como la del que igualmente fuera bautizado, en este caso por Ramón Gómez de la Serna, como el “excéntrico del 98”.

Y esto es así en la medida en que algunas cartas de Ganivet empezaron a ser ya publicadas inmediatamente después de su muerte, la primera carta dirigida a Afán de Ribera o la selección que en 1904 editara Francisco Navarro Ledesma, lo que las convertiría en discurso autónomo y en conjunto coherente con el resto de sus obras: novelas, ensayos y artículos periodísticos, a las que precedieron durante algunos años y con las que coincidieron después en el espacio y en el tiempo de producción.

La reunión de la correspondencia ganivetiana y su consideración como obra unitaria con valores literarios no es un hecho aislado en la historia de la literatura española aunque, como se señala en un artículo de Hazel Gold dedicado a las cartas y epistolarios en el canon literario del siglo XIX, el caudal epistolar español es bastante reducido comparado con el de otros países europeos, Francia o Italia por ejemplo, por razones que se sustentan en la poca inclinación de los escritores españoles hacia la prosa familiar y la comunicación íntima o a sus escrúpulos para publicar las correspondencias privadas. En todo caso, se nos recuerda que, además del repertorio de escritores grecolatinos, los manuales de poética y de preceptiva literaria españoles del siglo XIX que, sin duda, conocía Ganivet, empiezan a mostrar mayor interés por la producción nacional e incorporan en sus inventarios de escritores y textos epistolares modélicos los nombres de autores como Hernando del Pulgar, Antonio de Guevara, Teresa de Jesús, Juan de Ávila, Sor María de Ágreda, Antonio Pérez, el Padre Isla, Jovellanos, Cadalso o Feijoo.

Ya en el siglo de Ángel Ganivet tampoco son escasos los ejemplos de colecciones epistolares, algunas de las

cuales están terminando de agruparse en nuestros días, que vienen a demostrar la vitalidad del género entre los escritores decimonónicos. Recordemos, por ejemplo, las más de 3800 cartas del epistolario de Valera que dan cuenta de su vida pública y cotidiana, de sus peripecias políticas y diplomáticas y de los asuntos más escondidos de sus relaciones privadas; o las de Benito Pérez Galdós, quien personalmente se quejaba de no haber tenido oportunidad de acceder a la consulta de epistolarios en busca de datos para documentar sus novelas históricas. Pero la colección más reveladora de este periodo, como antecedente directo de la de Ganivet, es la que componen las más de trescientas cartas de Leandro Fernández de Moratín que aparecieron publicadas, dentro de sus *Obras Póstumas*, en 1867 (cuando Ganivet contaba solo con dos años de edad) y a la que acompañan, entre otros escritos, *Las Apuntaciones sueltas de Inglaterra*, el *Viaje de Italia*, algunas notas sobre varias obras dramáticas, poemas, prólogos y, junto a ellos, un fragmento de la vida de Moratín, redactado por él mismo así como el curioso extracto de un *Diario* íntimo. Se trata del encuentro de textos de naturaleza diversa: epistolar, periodística, ensayística, autobiográfica y literaria cuyos límites apenas si diferencian una estructura lingüística de otra ni separan la intención de unos textos de la finalidad de otros.

Igualmente cercanos y procedentes para interpretar las cartas ganivetianas me parecen los epistolarios publicados de otros escritores del siglo XX: algunas cartas de Ramón Gómez de la Serna cuya información corre paralela a la de aquella magnífica fábula autobiográfica que constituyó su *Automoribundia*; las colecciones de Juan Ramón Jiménez

donde el escritor intervenía decisivamente en la vida literaria de su época; el epistolario de José María Hinojosa, sobre todo las cartas enviadas al librero León Sánchez Cuesta; el de Manuel Altolaguirre en el que el autor malagueño da cuenta de sus numerosos proyectos editoriales, o el de Max Aub, paralelo también a sus *Diarios* y a ese otro libro de memorias que, en 1971, “después de regresar a España pero sin volver a ella”, decidió titular *La gallina ciega*; no menos reveladores resultan el *Epistolario completo* de Federico García Lorca en cuyo Prólogo Christopher Maurer reivindica la importancia del conocimiento de la correspondencia de un autor: *un epistolario cuidadosamente editado supone un adelanto en el estudio de cualquier poeta. Permite hablar con mayor seguridad de su desarrollo poético o intelectual; trazar la accidentada historia de sus manuscritos; y captar las intenciones que abrigaba a la hora de ponerse a escribir. Toda esa información, deducible de las cartas, rodeará al texto literario, repercutiendo, de algún modo, en su lectura...*; la correspondencia entre Pedro Salinas y Jorge Guillén, editada por Andrés Soria Olmedo, quien también reflexiona sobre la naturaleza del género epistolar, sobre la especificidad de las cartas como ejercicio de escritura y su relación con otros géneros como la autobiografía y, finalmente y apoyándose en Walter Benjamin, sobre la distinta dimensión que adquieren las cartas agrupadas en epistolarios: *...es el epistolario y no la carta aislada lo que se consolida en la conciencia de los lectores, porque si las cartas se leen seguidas se transforman objetivamente: adquieren una vida y un ritmo y un tiempo propios, diferentes del que marcó a cada una de las cartas*; y, por último, las colecciones *Cincuenta*

años de cartas íntimas, 1904-1956, a su amigo Miguel Rodríguez Acosta, un conjunto de doscientas cincuenta y siete cartas escritas de puño y letra por Ramón Pérez de Ayala y enviadas durante cinco décadas en el que Andrés Amorós cree encontrar *la voz de Ayala con una inmediatez y confianza como en ningún otro sitio*; y el epistolario de Luis Cernuda, sobre alguna de cuyas cartas, sobre todo las enviadas a varios intelectuales españoles relacionados con determinadas revistas literarias, “Ínsula”, “Caracola”, “Orígenes”..., tuve oportunidad de escribir un artículo en la revista “Los papeles mojados de río seco” donde recordaba las coincidencias entre las reflexiones de Cernuda en su *Historial de un libro* y los comentarios literarios, tan dolorosos a veces, tan sinceros siempre, en las cartas del poeta sevillano. Si de él había dicho Octavio Paz que el conjunto de su obra constituía su biografía espiritual, las cartas supondrían entonces el auténtico elemento integrador de sus libros. Llegados a este punto y, si repasamos el catálogo de autores antes señalados, nos percatamos de que todos ellos, en un momento u otro de su biografía, sufrieron el desgarró del exilio, razón por la que la comunicación epistolar supondría el vínculo que los mantendría unidos a aquello que dejaban atrás o acababan de perder, a través de las confidencias con familiares y amigos. No otra cosa sugiere Gallego Morell cuando considera la marcha a Madrid del escritor granadino y su posterior incorporación al cuerpo diplomático con el cargo de vicecónsul en Amberes, como exilio voluntario o necesidad de marcar una distancia con la que obtener la perspectiva necesaria para reflexionar adecuadamente sobre aquello que lo inquieta al tiempo que lo lleva a definir las cartas, con la ductilidad

y libertad que permite su naturaleza, como el vehículo idóneo de expresión de sus ideas.

Serán, por lo tanto, las cartas escritas en el periodo madrileño, aquellas que se remiten desde Madrid y Granada entre las fechas del 24 de noviembre de 1888 y el 28 de junio de 1892, las que a continuación nos interesan, porque suponen, en sí mismas, un capítulo independiente dentro del epistolario general y cuya agrupación cobra sentido en la medida en que, durante su estancia en la capital española, Ángel Ganivet es todavía un escritor inédito, ya que no será hasta su llegada a Amberes cuando, ese mismo verano, envíe a *El Defensor de Granada* su primer trabajo periodístico.

En el Prólogo del *Epistolario*, García Lara recuerda también que Ganivet se vale de la carta como medio de expresión que se acomoda perfectamente a su carácter inestable y a su rebeldía frente a los modelos establecidos: *Escritura paralela, pues, en donde los anchos horizontes y la indisciplina, inherentes a la naturaleza de la epístola, contaminarán sus demás escritos en perfecta coherencia con su rechazo de los códigos subyacentes en los géneros y con su desprecio a toda convención y a toda autoridad.* Tal afirmación, si recordamos algunos de los títulos de la bibliografía del autor, parece incuestionable. Como lo es también que el propio Ganivet, en algunos pasajes de estos textos, presume del carácter improvisado de su discurso y de la relajación de su exposición; así, en el capítulo introductorio de *Granada la Bella* e incidiendo en la tradicional discusión sobre la posición de la epístola, situada en los límites que separan lo oral de lo escrito, afirma:

Esas ideas, que, sin orden preconcebido, y pudiera decir con desorden sistemático, irán saliendo como buenamente puedan, tienen el mérito, que sospecho que es el único, de no pertenecer a ninguna de las ciencias o las artes conocidas hasta el día y clasificadas con mejor o peor acierto por los sabios de oficio, son, como si dijéramos, ideas sueltas que están esperando su genio correspondiente que las ate o las líe con los lazos de la lógica.

En otra ocasión, al redactar las *Cartas Finlandesas* desde Helsinki, convierte las que empiezan siendo cartas privadas en artículos periodísticos y, a continuación, en *lecciones universitarias*:

Pero, después, pensándolo mejor, caí en la cuenta de que no era justo reservar en beneficio de unos pocos un trabajo que, malo o bueno, había de contener tantas noticias nuevas y curiosas y formé el propósito de callarme hasta el 1º de octubre, que es el día de la apertura de los centros docentes, y ese día abrir mi cátedra como el más pintado, y explicar un curso libre por medio de cartas dirigidas en particular a mis amigos, y en general a todo el que quisiera matricularse en la administración de El Defensor de Granada. (...) El procedimiento es un tanto revolucionario; pero los usos no nacieron todos a la vez: el mundo es una Universidad donde hay cátedras y bancos de sobra, y lo que falta son maestros y discípulos.

Algo más adelante, en estas mismas *Cartas* y aún complaciéndose de su nuevo método pedagógico, vuelve a referirse a sí mismo como corresponsal periodístico que informa a sus lectores desde las lejanas tierras nórdicas.

Igual inestabilidad en la definición genérica de sus escritos lo constituiría la publicación póstuma de su correspondencia con Unamuno, que había aparecido en prensa en 1898 y que se recogió, en 1912, como texto independiente, bajo el título de *El Porvenir de España*. Y lo hacía, también, precedido de unas *Aclaraciones previas* del propio Unamuno en las que justifica la idea de esta edición y reflexiona sobre el valor que proporciona a sus discursos la naturaleza, al mismo tiempo pública y privada, del sistema dialógico por el que han optado. Pero es que, además, en este encuentro epistolar o periodístico de los dos pensadores finiseculares, el escritor granadino, añadiendo un nuevo concepto a estas alternativas de ubicación genérica, llega a apuntar que el intercambio epistolar que mantienen ambos constituye, sin pretenderlo, todo un programa político, de esos programas independientes que *sirven para formar la opinión, que son como espejos en que esta opinión se reconoce, salvo si la luna del espejo hace aguas*, para continuar con una imagen que, años después, tendría tanta fortuna: *Tales programas están al alcance de todas las personas sinceras, y en España son muy necesarios, porque la opinión solo tiene para mirarse el espejo cóncavo de su profunda ignorancia y hace tiempo que no se mira de verse tan fea*.

Comprobamos así que, aunque las cartas de Ganivet son de naturaleza privada, en alguna ocasión puede notarse cierta conciencia de valor público y expectativa de futura publicación: *He notado tardíamente que esta carta contiene algunos pensamientos míos; guárdala para que en tiempos de menos ruda labor pueda trasladarlos a mi cartera*, y que ellas suponen una tentativa de disolver en la misma forma de expresión escrita los rasgos con los

que la preceptiva literaria caracteriza las manifestaciones de diferentes géneros, para deslizar posteriormente esta práctica hacia sus obras editadas en los últimos años.

El epistolario nos ofrece así una gran variedad de textos que participan, con matices formales o de contenido, de determinados apartados del catálogo genérico y que incluirían los vinculados con la historia: las biografías, las autobiografías, los diarios, las memorias y las confesiones; con el periodismo: las crónicas, los apuntes, las caricaturas, las gacetillas, los artículos de fondo; y finalmente, con la didáctica y la crítica: los ensayos y las anotaciones. Y todos utilizados como un palimpsesto propicio para la escritura de sus (otras) obras literarias. De hecho, Gallego Morell llegaría a decir lo siguiente: *Desde Madrid ahora, más adelante desde el extranjero, las cartas de Ganivet son jirones de su propia creación literaria. O mejor dicho: es toda su literatura la que parece escrita con técnica de epistolario.*

Así pues, desde un punto de vista histórico y dentro de lo que se ha llamado literatura confidencial, las cartas correspondientes a este periodo dan cuenta de la vida del autor a la vez que dibujan un fresco del Madrid finisecular porque, como la autobiografía, estas misivas implican un testimonio de sí mismo (o de ese personaje que va creando) y de su entorno social. Por las cartas conocemos los detalles de su vida cotidiana, su estancia en varias pensiones y en un piso alquilado, sus estudios de doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras, la consecución de un puesto como ayudante del tercer grado del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios y su incorporación a la Biblioteca Agrícola del Ministerio de Fomento, sus malogradas oposiciones a cátedra de griego de la

Universidad de Granada, su relación con los amigos, su asistencia al Ateneo, al teatro o a los toros, sus salidas a los alrededores de Madrid y el regreso a Granada en varias ocasiones, su incorporación como pasante al bufete de D. Joaquín López Puigcerver, su relación con las mujeres, su acceso a la carrera diplomática aprobando unas oposiciones a vicecónsul... retazos vitales que constituyen el retrato autobiográfico de una época que podemos ver trasladado literariamente también a las páginas de su *Pío Cid*.

A veces, las cartas funcionan como memorias, tradicionalmente calificadas como “peste de la jactancia”, en la medida en que, con frecuencia, Ganivet se presenta como protagonista que reflexiona sobre los hechos que suceden a su alrededor y ante los que adopta una determinada posición:

Todo depende del concepto que de la felicidad se forme y el mío es tan amplio que lo identifica con la vida y esto porque aún no he pasado por la muerte (6 de agosto, 1891).

Como escritor de un diario, el autor dialoga consigo mismo o, en este caso, con un interlocutor, con frecuencia su madre, acerca de los sucesos cotidianos. De hecho, en las cartas que le envía los primeros meses se repite y acumula la información referente a la escasez y administración de su dinero, a la compra de ropa y a las comidas, a la salud y a su situación en la pensión, al estado del tiempo... En repetidas ocasiones y antes de extenderse con reflexiones en cartas posteriores, Ganivet apenas resuelve el texto con varias anotaciones de hechos sin importancia que sirven, casi como una necesidad diaria, para constatar que el

vínculo epistolar permanece vivo o, en expresión propia, para dar fe de vida.

Por su lado, la confesión, como escrito específico dentro de la autobiografía, tiene un carácter más introspectivo y, en ella, la narración de los hechos exteriores se mezcla con una reflexión que la acerca mucho más a algunas manifestaciones de la novela. En la carta de 9 de octubre de 1890, esta vez remitida desde Granada, le escribe a Navarro Ledesma:

Noto en tu carta un sello de buen humor cuya explicación me la da un nombre femenino que viene al final. ¡Buena suerte en tu empresa y que te aproveche! Yo, en cambio, estoy cada vez más aburrido en mi enorme tarea de no hacer nada y solo me consuelo pensando en que poco ha de durar; la vida vegetativa es buena para el cuerpo pero debe haber algo que no sea cuerpo y que no se queda conforme; ¿qué será ese no-cuerpo? Ya estamos enfrente del problema eterno y te permito que te rías como yo lo hago.

En cuanto a la relación del epistolario ganivetiano con el género periodístico aludiremos a las palabras con las que el profesor Juan Varo comenzaba su artículo sobre las *Cartas Finlandesas* en el que consideraba el siglo XIX como la edad de oro del periodismo literario español, con decenas de ilustres cultivadores y múltiples publicaciones donde firmaron sus artículos y en las que pusieron en práctica una gran variedad de recursos retóricos y subgéneros formales periodísticos. Pues bien, de todas estas modalidades expresivas, de todos estos recursos comunicativos es fácil encontrar ejemplos en las cartas de quien se está preparando como escritor y, para ello, comienza utilizando

la prensa, así lo señala Pilar Celma, *como un taller en el que se van fraguando sus ideas hasta alcanzar la forma definitiva de libro*. Fundamentalmente, fueron dos los periódicos en los que colaboró Ángel Ganivet: *El Defensor de Granada* y *Vida Nueva*, donde publicaría los artículos que la profesora antes mencionada agrupa, por su contenido, en cuatro apartados: los de tema crítico-artístico, los de tema crítico-literario, los de contenido ideológico y los de creación literaria, clasificación que podría acoger cartas como la del 9 de septiembre de 1891 en la que elabora un curiosa teoría, construida sobre los elementos que se utilizan como saludo epistolar, que aplicará más adelante a las obras de arte y de la que obtendrá una conclusión definitiva:

Conviene, pues, que el artista en general y muy principalmente el subjetivo, el impresionista, el crítico no se limite a combinar, a ordenar impresiones, ideas artísticas; debe fundirlas reflexivamente, unificándolas, si aspira a producir algo bello, no por acaso, ni con carácter de indecisión, sino convenientemente y sabiendo hacia dónde camina o cuando menos en qué dirección camina.

No olvidemos, así mismo, cartas como la del 26 de abril de 1891 en la que, similar a una crónica de viajes, el autor resume a su madre la visita que ha hecho a Toledo durante dos días, acompañado de su amigo Navarro Ledesma, o los retratos caricaturescos y casi gacetilleros de las criadas de la pensión y de los amigos opositores, que poseen el tono periodístico que los acercaría al cuadro de costumbres o a la crónica diaria, tan comunes en la prensa de la época.

Y, si asumimos la aproximación que al género ensayístico realiza José Carlos Mainer cuando afirma que en el ensayista debemos esperar al *escritor que apela previamente a una cierta complicidad con su lector mucho más que a la demostración inapelable de una tesis (...) que apunta, esboza, enmarca y hasta propone una resolución o formula una sentencia, pero siempre consciente y hasta gozoso de su provisionalidad y de su revocabilidad*, no hay duda de que en la correspondencia de Ganivet hay muchos momentos en los que el escritor se detiene en la valoración de determinados hechos o ideas que se ajustarían a estos principios modélicos. Baste recordar, además, cuántas veces se ha tildado críticamente a Ganivet con los apelativos con los que se caracteriza al ensayista: científico impaciente, filósofo a ráfagas, crítico inconstante... o cuántas se ha dicho de sus novelas que tienen *más que carne de novelas, alma de ensayos*. De este modo, como verdaderos ensayos, cabría calificar algunas cartas como la del 31 de agosto de 1891 en la que Ganivet levanta el artificio de una original teoría sociológica sobre el concepto de lo que llama “protoplasmas colectivos” o “formas conglomeradas de la voluntad abstracta o manifestaciones colectivas de lo inconsciente” que, apicándolo al Madrid de su época, imagina con forma de pelota, en relación a la euforia que, en esos años, empieza a manifestarse entre los ciudadanos por el juego de la pelota vasca. Ocurre algo similar en la correspondencia del 15 de septiembre cuando reflexiona sobre lo vulgar y lo sublime, términos enmarcados en los principios del arte incoherente y utilizando metáforas tan peregrinas como la del cuadro de *Las Meninas*, los sándwiches o los transatlánticos.

De la misma manera, pueden ser consideradas como anotaciones los apuntes tomados para ser desarrollados más adelante, los textos que elabora sobre sus lecturas en el Ateneo, las reseñas de los libros que le envía a su madre a Granada, las reflexiones sobre determinados volúmenes que va a utilizar para preparar la cátedra de griego o los comentarios a Navarro Ledesma sobre sus trabajos de investigación y de crítica.

Pero, ¿por qué no considerar también el epistolario de Ganivet como un conjunto de textos cercano a aquellos libros de varia lección tan frecuentes en los siglos XVI y XVII que se caracterizaban por la heterogeneidad de sus temas y cierto desorden organizativo en sus propuestas? Desde luego, en la naturaleza de ambos, miscelánea y epistolario, encontramos una cierta tendencia a la divulgación, a comentar realidades que posean interés para los lectores, a no constituirse como una prosa doctrinal o científica, a la búsqueda de la amenidad y a conservar cierto grado de literariedad. Tengamos en cuenta, también, que en las misceláneas, como en las cartas, no se busca la profundización intelectual en los asuntos que tratan ni el desarrollo sistemático de una postura crítica sino que, con la acumulación de materias curiosas y la superficialidad de su comentario, se procura provocar en el lector una admiración no exenta de voluntad de enseñanza. Y no olvidemos, tampoco, el valor que, desde el inicio del cultivo de estas florestas o jardines curiosos, va cobrando paulatinamente la figura del escritor que aparecerá cada vez con más frecuencia en el discurso con su testimonio autobiográfico destacando lo inmediato y lo humano e introduciendo, en su búsqueda del entretenimiento, anécdotas, chistes, refranes, epitafios,

letras, proverbios y aforismos, de los cuales encontramos numerosas muestras en el epistolario de Ganivet: *Bendita sea la rutina que nos permite hacer tonterías ordenadas* (18 de noviembre de 1891), *No te escribo más porque estoy tan débil que los ojos me hacen relampaguras y temo que inconscientemente se verifiquen en salto paleográfico, concluyendo por escribir en devaganari* (14 de julio de 1890), *Desde Madrid, sin saber por qué, se aprende a mirar las cosas desde un punto de vista más alto* (16 de mayo de 1891), *Soy un pobre jugador de loterías que nunca obtiene más que aproximaciones* (31 de agosto de 1891), *Cuando este amor o este apego desaparece ya no queda más que el suicidio instantáneo en unos casos o el suicidio lento del misticismo, que es el más frecuente. ¡Y si al menos hoy se pudiera ser místico!* (12 de octubre de 1891) o *El cesante, como el maestro de escuela, es siempre un tipo cómico por ley fatal de la estética...* (diciembre de 1891).

También, como en las misceláneas, animadas en su momento por el impulso de la *urbanitas*, Ganivet, en su intención de comunicar y compartir los saberes más diversos, se permite introducir en sus cartas textos de ficción dialógicos, poéticos y narrativos. El primero de los diálogos aparece como anexo a la curiosa carta del 23 de julio de 1890 simulando ser el acta de la sesión de un Congreso de archiveros en la que toman la palabra diversos personajes, quienes, utilizando un discurso satíricamente burocrático, exponen propuestas inverosímiles. En el diálogo se incluyen también acotaciones y se ilustra con un par de dibujillos representando a un caballero leyendo y a un soldado. Otro texto, en la carta del 31 de diciembre de 1891 enfrenta, como interlocutores simbólicos, al Corazón, que defiende

la alegría vital, y al Cerebro, que, por el contrario, elogia el tedio como vía de conocimiento y la misantropía como única actitud para alcanzar la verdad.

Por otra parte, en el *Epistolario* los textos poéticos se presentan de dos maneras diferentes: como elementos incluidos arbitrariamente en el cuerpo de la carta o en forma de epístola lírica dirigida al destinatario. Como ejemplo de los primeros podemos recordar, en la carta del 23 de julio de 1890, un romance con los versos pares en consonante y terminado en un pareado, al que el propio autor califica como “deposición poética” o, dentro de la carta del 21 de diciembre de 1891, un poema titulado *Nocturno*, de un romanticismo crepuscular, tras el que anota: *Hecho in mente en la Puerta del Sol el día 12 de diciembre a las doce de la noche, cuando era víctima del aburrimiento más absoluto y me disponía a cometer alguna barbaridad*. De los segundos, citaremos los que Manuel García, en su estudio sobre la poesía de Ángel Ganivet e incluido en el volumen *La luz humana*, llama experimento métrico con rima consonante, algo cacofónico y humorístico, que comienza: *Querido Paco: supongo / que hasta el próximo domingo / yo estaré estudiando gringo, / tú vegetando en Burdongo. / Con esto triste me pongo, / pues ni al trabajo me avengo / ni otras distracciones tengo... / Si cantar supiera un tango / o al menos bailar fandango... / ¡Ay! Dios, ¿en qué me entretengo?* (2 de diciembre de 1890); una *Epístola Moral*, en tercetos encadenados, en la que repite reflexiones ante la vida, como la aceptación del dolor, ya planteadas en otra forma y en otras cartas, y una especie de silva cuya inclusión en la carta se justifica de la siguiente manera: *Hace un calor sofocante, capaz de*

secar el cerebro más exuberante y de hacer emplear en prosa los consonantes sin darse cuenta de ello. Por esta razón me decido a continuar en metro: ya que no otra virtud tendrán mis palabras que la que les preste la rima, madre protectora de las palabras huecas (Granada, 5 de junio de 1892).

Por último, como ha señalado Pedro Martín Baños en un artículo dedicado a la retórica epistolar, el cultivo de la carta también había estado vinculado, desde sus orígenes, a la ficción narrativa, con la inclusión en muchas epístolas de fábulas y cuentecillos y ligado a la aparición de géneros como la novela sentimental. En la carta del 16 de julio de 1891 del *Epistolario* de Ganivet y después de unas consideraciones de índole personal con su amigo Navarro Ledesma, al que da noticia de unos premios literarios que organiza el Liceo de Granada y de unas confesiones íntimas acerca de una joven florista del Albaicín, en nota aparte y en cinco breves capítulos, el autor granadino narra un viaje a la sierra del que espera que lo salve del prosaísmo al que lo estaba condenando la vida cotidiana. Pues bien, en apenas cuatro páginas, despliega Ganivet un verdadero cuadro literario de costumbres, lleno de color local en la descripción de los tipos, tanto en la de los guías alpujarreños que lo acompañan en esta excursión hasta un cortijo situado al norte de Güéjar y con cuyos giros lingüísticos y frases características se deleita, como en la de los miembros de la familia que, como colonos de la finca, se dedican a la explotación del terreno y que trabajan *con la fe de la desesperación que es la más fuerte de todas*. Y junto al colorido y a la plasticidad del itinerario, añade unas notas de ligera crítica social:

Yo pasé un rato feliz, en banquete amistoso con estos desventurados, que se extasiaban ante el pan blanco y contemplaban los embutidos con el mismo religioso respeto que si tuviesen delante el sepulcro de Cristo, a quien he podido ver que adoran con un fervor tan grande como su ignorancia y su pobreza.

Todo, además, aparece relatado con una prosa ajustada y dotada, a veces, de un alto contenido lírico:

Vuelta a bajar la inclinada falda de montañas, en continua exposición de caer y rodar hasta el fondo invisible del río. Vuelta a los caseríos de chamizo de Las Puentes y a los castaños que con el crepúsculo parecen mantos negros extendidos, como señal de luto de aquellas tierras.

Cuanto hemos dicho hasta ahora puede aplicarse al resto del epistolario ganivetiano. Todo él se desarrollará paralelamente a la edición de sus obras literarias cuya naturaleza parece igualmente contagiada por esta tendencia a la miscelánea y al desorden, como si hubieran sido dictadas por impulsos y precipitaciones. Así, como fueron los últimos días de su vida, una mezcla disgregada cuyos componentes, proyectos personales como el lanzamiento de una *Hermandad de trabajadores*, y literarios, como el estreno en Granada de *El escultor de su alma*, se vuelven a aglutinar en la redacción de sus cartas. En la penúltima que se conserva le confiesa a Navarro Ledesma que la crisis espiritual por la que atraviesa *ya empieza a transformarse en trabajo útil y sano. Si ahora escribiera saldría un ciempiés.*

Muchas gracias.

VIRGILIO CARA VALERO
(Granada, 1964)

Virgilio Cara Valero (Granada, 1964) es licenciado en Filología Española por la Universidad de su ciudad natal y, actualmente, profesor de Lengua castellana y Literatura en el “I. E. S Alhendín” de Granada.

Ha ampliado, también, su actividad docente impartiendo, durante cinco años, los cursos del Aula de la Experiencia de la Universidad de Sevilla y participando en los ciclos de conferencias que organiza la Diputación de dicha ciudad, así como en el ciclo de Lecturas Poéticas de la *Cátedra Federico García Lorca* de la Universidad de Granada.

Ha dirigido, entre 1999 y 2007, la revista literaria *Los Papeles mojados de Río Seco* en cuya colección de “Libros Perdidos” ha colaborado en la publicación de sus tres primeros títulos: *Primeros Poemas* de Juan Ramón Jiménez, con estudio introductorio de Jorge Urrutia; *Siete Romances* de Joaquín Romero Murube, con prólogo de A. Martínez y M. García, y *Ramoneo* de Ramón Pérez de Ayala, con introducción y notas de Andrés Amorós.

Ha publicado textos de creación y de crítica literaria en revistas como *Antaria*, *El Fingidor*, *Letra Clara*, *Extramuros* o *El coloquio de los perros*.

Durante los años 2012 y 2013 organizó las actividades literarias de la Casa Molino “Ángel Ganivet” y prologó los volúmenes *La Luz humana (Tres aproximaciones a la obra de Ángel Ganivet)*, Granada, Diputación Provincial, 2012, y *Fe de vida (Estudios sobre Ángel Ganivet)*, Granada,

Diputación Provincial, 2013, que recogen algunas de las conferencias sobre el autor granadino leídas durante ese periodo.

Creó y coordinó, entonces, el Club de Lectura “Ángel Ganivet” que, en 2014, trasladó su sede a la Biblioteca de Andalucía donde siguen celebrándose sus reuniones mensuales.

Actualmente coordina y asesora la colección de poesía *O gato que ri* de Entorno Gráfico Ediciones que hasta ahora ha publicado tres títulos: *Nos han robado un ángel* (2013) de Jesús Munárriz, *El Centro del Silencio* (2014) de Rafael Guillén y *A excepción de la muerte* (2016) de Jenaro Talens.

Es miembro, además, del equipo de redacción de la revista, *Entorno Literario*, que publica la misma editorial.

Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Los años que pasé fingiendo*. Granada, Colección Genil, Diputación Provincial, 1998, por el que recibió el “Premio Genil de Poesía”. *No he visto lo que he visto. Epistolario apócrifo*. Madrid, Hiperión, 2004, que mereció el Premio Internacional de Poesía “Antonio Machado en Baeza”. *Región del desengaño*. Sevilla, Edit. Point de Lunettes, 2009. *Las hojas secas*, Plaquette editada por la asociación Diente de Oro, *Colección Vitolas*, Granada, 2009. Selección de poemas recogida en el volumen *Granada. En lo oscuro y en el agua*, recopilada por Juan Varo Zafra. Huelva, Diputación Provincial, 2006.

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON JOSÉ LUIS MARTÍNEZ-DUEÑAS ESPEJO

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Señoras. y Señores. Académicos,
Señoras y Señores:

LA lectura de la poesía, su especializado uso lingüístico y su expresión de íntima comunicación, siempre constituyen motivo de alegría y de sorpresa. Alegría porque nos mueve el alma con “sentimiento grato y vivo”, y sorpresa porque nos “maravilla con algo imprevisto.” Así ocurre con los versos del nuevo académico sobre los que volveré más adelante.

Ahora, lo más inmediato es reconocer que se trata de un hombre de letras, valioso valedor de varios géneros y que hoy nos saluda con la aguda percepción del crítico y del historiador de la literatura. No ha elegido un asunto baladí ni recóndito sino que se ha atrevido con uno de los escritores de mayor interés y originalidad de nuestro final del siglo XIX, un símbolo de época y de generación, y al que no pocos estudiosos han dedicado su obra. Y además, Virgilio Cara se adentra en ese proceloso mundo que es el género epistolar. Desde Cicerón, en la antigüedad clásica, y desde Petrarca en el Renacimiento hasta nuestros días, cercados éstos por concisiones telemáticas de nueva cultura alfabética, la carta ha sido un documento y un monumento de distinguido significado. El coloquio de un ausente a otro ausente, *absentis ad absentem colloquium* como escribiera Desiderio Erasmo de Rotterdam, o la provocación de un sentido de inmediatez en su lectura como precisara Goethe, vuelven a convertirse en una forma artística y en un efectivo modo de comunicación, lleno de referencias

que pueden ir desde lo más trivial de un encuentro casual a complejÍsimas disquisiciones filosóficas o históricas. El análisis que nos brinda el nuevo académico se ocupa de rastrear esas imponentes personales en una parte del epistolario ganivetiano, esos trazos de particular destierro y esa mirada de dentro a fuera, una suerte natural epistolar, que ejecuta certeramente Ganivet. La memoria, el diario, lo autobiográfico, la confesión personal, lo periodístico, lo ensayístico, e incluso lo poético nos lo descubre y explica Virgilio Cara con precisión y orden, con sentimiento y con sensatez, y vamos entendiendo la medida o desmesura del diplomático granadino en su etapa madrileña, hasta en la sensible reflexión sobre una excursión a Sierra Nevada y el encuentro con sus gentes. La confesión íntima de Ganivet sobre la florista del Albaicín supone también un acicate para leer esas cartas, no como destinatarios, sino en el curioso papel de mirones distantes de una partida ajena de naipes, o como vocacionales espectadores callejeros ante la demolición de una casa en ruinas.

Y puesto que la recepción se centra en el género epistolar y ya he mencionado la dedicación poética del nuevo académico, concluiré con una breve carta.

Querido Virgilio:

Como tú sabes de esto de las letras, de sus urdimbres y manejos, de sus brillantes efectos y de sus profundos significados mucho y en variado estilo, el motivo de la presente es tan sólo hacerte sabedor de mi reconocimiento por la agudeza que muestras al explicarnos a los lectores que no has visto lo que has visto, y que “te puedes mirar al corazón/ sin encontrar delante un jeroglífico”. De todos

estos años, desde un primer recuerdo que de ti tengo en las aulas de nuestra Facultad, conservo una buena memoria que se fundamenta en un fecundo cruce generacional del que todos somos deudores: desde un buen padre y profesor que recibió a mis hijas en su colegio al hijo de ese amigo, a quien ahora recibimos con la fiesta de las letras que esta Academia mantiene y defiende.

En la Academia, con tu presencia, nos espera enterarnos de qué hizo verdaderamente ese Ulises perdido o distraído por unas costas que son verdaderamente “región del desengaño”. También aprenderemos de los contenidos de legajos y documentos relacionados con singulares personajes como Aben Quzman y sus versos, Alí al Nafzi en su retiro de hortelano, el exclaustro estuproador Fray Miguel de Orduño o el industrioso inquisidor Andrés de Rodas. Todos cabalgando por tus versos.

Me despido sólo con un ruego: que pases muchos años más fingiendo, para nosotros los lectores, y nos procures una larga temporada “en un delta de libros desbocados”.

Queda tuyo siempre, afectísimo, tu amigo y colega quien esto escribe y quien se congratula de darte la bienvenida a la Academia.

Muchas gracias.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada
el 30 de marzo del año 2016, en el XCI
aniversario de la llegada de los restos de Ángel
Ganivet desde Riga a su ciudad natal, en Taller
de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMXVI